

Fantasía mineral

INTENSO
INSTANTE

Hubo una vez, en un tiempo que en este instante debemos considerar antiguo, un ser preocupado por el tiempo. Dicho ser se propuso vivir el presente con pasión análoga a la que a los demás nos proporciona el amor o los conocimientos.

Hasta entonces había creído que cada segundo superaba al siguiente. En el instante crucial, del que no se podría decir que fuese recordado, intuyó que el presente no existe, puesto que se deshace al formarse, roído por el acontecer, como la luz roe la sombra en los amaneceres de un valle, como los reflejos revelan la negrura en el centro de la intrincada selva o como la sombra corroe a la luz en el anochecer desértico.

El transcurso lo llevaba, subido en un relámpago, de un pasado confuso a un futuro inexistente. Se dio cuenta de que vivía en un cortante filo, rodeado de transitoriedad.

En el instante quebrado, inexistente ya, le apeteció proponerse una extrapolación. Consideró como parte de todo instante a la poesía de los tiempos antiguos, en la que la búsqueda de la ley y del fuego, así como la implantación de la justicia, conducen al eterno drama de la culpa, de la misma forma que la acción conduce a la tragedia, que la quietud conduce al vértigo, que las máscaras externas conducen a los otros y las internas al abismo.

Pensó entonces en ciertas obras de la escritura y el arte occidentales, en cuyo espacio -fundado sobre un manto de escorias y creado por las obras mismas-, la incolora flor de la utopía se eleva por encima de turbulentas torres. Al mismo tiempo o a continuación vio iconos africanos, en cuyas facciones pudo entrever los terribles dones del silencio.

Concluyó que el presente no se encuentra en el reloj, en los desiertos o las selvas, ni en lecturas o imágenes ideadas en el voraz incendio del instante. Tendría que buscarlo en la antigua soledad, donde un bosque de fuego había devorado la sensación perpetua.

Así que decidió viajar a la ignorancia

pura, hasta unos territorios en los que un río separaba la prehistoria de la senectud, la infancia del delirio, la historia de la ciencia. En un instante estuvo en una orilla y en otro instante estaba en la otra, lo que le llevó a pensar que tendría que orientarse. Vana esperanza. Las orillas eran idénticas. Las oscuras aguas lo arrastraron hacia bosques desconocidos, hacia confines donde nacían un plumón denominado tiempo, un huevo llamado eternidad y la roja arcilla de los sueños.

De pronto se dio cuenta de que el plumón se desprendía del huevo, cayendo en la concavidad. El huevo tenía cáscara quebradiza, por fuera de cuya convexidad no había nada. Luego, o tal vez antes, pensó que por fuera no existía la nada sino el vacío. Durante un instante, o tal vez durante una eternidad, vivió el hecho terrible: miró hacia la nada o hacia el vacío y vio el ojo que crea los instantes, la ráfaga que engendra la materia.

A la sensación de estar solo en el amplio espacio del desierto, el vacío o la selva, a la clara percepción de que sus pensamientos se enredaban en los instantes, se sumó el hecho de que comenzó a intuir ondas o gránulos submicroscópicos, cosas medibles pero sin entidad. Eran estas cosas las que propiciaban que el tiempo descendiera de los astros —o tal vez de más allá de los astros, donde regía el vacío o la nada— y se introdujera en las cuevas.

Tuvo la certeza de que el tiempo se acumulaba en los intersticios para que él pudiera usarlo según su conveniencia. Ante el instante propicio, se dio cuenta de que intentar usarlo sería un propósito vano. El pasado era una ruina en medio del desierto. El presente no tiene esencia ni existencia, pues antes de nacer es devorado por la quimera errante. Y el futuro dormirá entre los astros, más allá del vacío o la nada, a oscuras o escondido tras el surco periódico del que surge la luz.



JUAN PEDRO
CASTAÑEDA

(El Hierro, 1945). Doctor en Ciencias y profesor de Física y Química. Fue presidente del Ateneo de La Laguna, director de la colección *Liminar*, miembro del consejo redactor de la revista del mismo nombre y coordinador de redacción de la revista *La Página*. Ha publicado los libros de poemas: *Poemas horrosos* (1975), *Ohrrohr* (Premio de poesía "Julio Tovar", 1976), *Posters* (1985), *Ohrrohr* (poesía 1975-1985) (1990), *Un manojo de arcilla* (1991) y *Polen* (1993); y las novelas: *Muerte de animales* (1982, 1993), *En el reducto* (Premio "Benito Pérez Armas", 1984; 1986), *Movimiento y reposo* (1995) y *El mar de la calma* (1996)